

RUTA DE DOS DÍAS EN CÓRDOBA

Para aquellos que decidan llegar a Córdoba en tren, proponemos ir andando al casco histórico de la ciudad. Desde la estación a la Mezquita – Catedral hay quince minutos yendo a pie, pero atravesareis por calles peatonales realmente agradables el centro moderno de la ciudad, antesala del citado casco histórico.

Así, para los que decidan ir andando, os recomendamos el siguiente paseo:

Enfrente de la estación de trenes está el Paseo de Córdoba, popularmente conocido como Paseo Marítimo. Es una amplia avenida de reciente construcción tras las obras de soterramiento de las vías del tren. En la actualidad es la principal arteria de la ciudad, sus edificios son modernos y de conocidos arquitectos tanto nacionales, Calatrava o Rafael dela Hoz, como cordobeses, Gabriel Rebollo, entre otros.

Esta avenida la podéis contemplar a la salida de la estación por su puerta principal. Para guiaros tomar el Hotel AC como referencia que es el primer edificio que veréis – a la izquierda - en esta avenida.

No vemos necesario nada más que contempléis dicha avenida, puesto que los que os espera es mucho más interesante.

Ya contemplado el paseo de Córdoba, lo más recomendable es atravesar diagonalmente un parque que queda a la derecha de la estación. El Parque de la Agricultura, aunque todo el mundo lo conoce como Los Patos, por el estanque que hay en su interior.

Tras dicho parque, debéis avanzar por la avenida de la izquierda, llamada Ronda de los Tejares y situada inmediatamente tras la finalización en diagonal del parque.

Ahora, acabáis de entrar en la zona comercial de Córdoba por excelencia, y por supuesto, encontrareis a pocos pasos el edificio de El Corte Inglés.

En frente de El Corte Inglés encontrareis una gran avenida peatonal, el boulevard de El Gran Capitán, que tomáis en dirección sur. En esta avenida pasareis junto al Gran Teatro y la iglesia Fernandina de San Hipólito y San Nicolás de Villa.

Cuando lleguéis a dicha iglesia cogéis, tomáis la calle que queda a la izquierda, que se llama Conde de Gondomar y que acaba en la Plaza de la Tendillas, núcleo central de la ciudad. En dicha Plaza podéis ver la estatua de Don Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán y al fondo el antiguo instituto provincial, o instituto Góngora.

Una vez en dicha plaza, tomáis la calle que queda a la derecha, llamada de Jesús María, donde pasareis junto a otro centro de El Corte Inglés, y continuando recto la iglesia de Santa Ana y el Palacio Carbonell, antiguo Palacio de don Ángel de Saavedra, el Duque de Rivas.

Continuando la mencionada calle, aunque tras el Palacio cambia de nombre, llegareis a una Plaza (Blanco Belmonte) donde ya contemplareis la Torre de la Mezquita - Catedral, a la que accederéis a través de la calle Céspedes, famoso pintor cordobés.

De este modo, en quince minutos y en un agradable paseo por calles peatonales habéis llegado al centro histórico de Córdoba. Esto ha sido sólo un aperitivo, ahora os queda lo mejor, a Descubrirlo¡¡

VISITAS CULTURALES

Día I

**09:00 Hrs. Comienzo desde la puerta del Perdón de la Catedral.
Visita a la Mezquita – Catedral.
Recorrido por la judería (Callejuelas, Zoco, Museo Taurino)
Puerta de Almodóvar – Murallas
Baños califales – Alcázar – Caballerizas Reales
Paseo por el extremo oriental de la Catedral: Seminario de S.
Pelagio – P. de Congresos – M. Diosesano (Visita solo exterior)**

**14:30 Horas: Final de las visitas programadas para la mañana y
tiempo de comida.**

**17:00 Horas: Traslado a Medinat – Al – Zahara.
Visita al conjunto arqueológico.
Regreso a Córdoba**

Cena y alojamiento

Día II

**09:00 Horas: Comienzo desde la puerta del Perdón de la Catedral.
Recorrido del lateral izquierdo de la Mezquita: Calle del Pañuelo
Puerta del Puente – Triunfo – Albofaila – Puente Romano – Calahorra
Ribera – Cruz del Rastro – Arco del Portillo – Calle Cabezas - San
Eulogio y San Francisco.**

**Plaza del Potro – Museo de Bellas Artes y Museo Romero de Torres
Corredera – Templo Romano – Ayuntamiento – San Pablo
Calle Alfaos – San Zoilo – Plaza de Capuchinos.
Torres Cabrera – San Miguel – Tendillas
Jesús María – Santa Ana – Alto de Santa Ana – Plaza J. Páez
Calle Encarnación – Convento de Santa Clara**

**14:30 Horas: Final de las visitas programadas para la mañana y
tiempo de comida.**

Tarde Libre

DESARROLLO DE LAS VISITAS

Mezquita Catedral de Córdoba

La Mezquita Catedral de Córdoba es uno de los conjuntos monumentales más importantes y peculiares de España y de occidente. Se trata de una enorme mezquita árabe a la que se le añadieron postizos en tiempos cristianos, especialmente en el siglo XVI cuando se erigió el templo o catedral cristiana en estilo básicamente plateresco.

La Mezquita árabe La Mezquita de Córdoba no es sólo el símbolo de Al-Ándalus, sino un monumento fundamental de todo el Occidente islámico y uno de los más asombrosos del mundo. Es el reflejo artístico del poder de uno de los estados políticos más importante de occidente en los siglos IX y X: el Emirato y Califato de Córdoba. La construcción que ha perdurado es la sucesión de edificaciones iniciada por Abderramán I sobre la iglesia cristiana (Época Visigoda) de San Vicente, en la que reaprovechó abundante material, ampliada posteriormente por Abderramán II, Alhaken II y Almanzor. La Mezquita de Córdoba es un enorme cuadrilátero de suntuosas arquerías de 24.000 m² de superficie. Las partes más importantes del edificio son el antiguo alminar o torre, el patio y la sala de oración.

Alminar. El alminar fue levantado por Abderramán III y convertido en la actual torre barroca a fines del siglo XVI.

Patio de los Naranjos. El patio original fue ampliado sucesivamente por Abderramán III y Almanzor en el siglo X. Los claustros actuales son producto de la remodelación total llevada a cabo en las primeras décadas del siglo XVI. Bajo los naranjos existe un amplio aljibe que aseguraba el agua necesaria para las purificaciones de los musulmanes.

Sala de oración. Etapa de Abderrahman I: Sobre la antigua iglesia de San Vicente, se inician las obras en la novena década del siglo VIII y posiblemente se construiría en un periodo no superior a siete años, de ahí su gran homogeneidad.

El resultado fue una mezquita de once naves creadas a partir columnas de diferente procedencia (romanas, bizantinas, visigóticas...) que soportan arcos de herradura decorativos y pilares que soportan por encima los arcos estructurales de medio punto, creando una original arquería superpuesta de arcos de sillería blanca y ladrillo rojo. Etapa de Abderramán II: Durante el reinado de este emir cordobés (821-852) y en momentos de paz y prosperidad se añaden siete tramos más a la mezquita de Abderrahmán I, ampliándola considerablemente hacia el sur. Los soportes siguen siendo viejas columnas visigodas reaprovechadas, aunque también aparecen los primeros capiteles árabes de modelo corintio. Etapa de Alhakén II (961-976): se vuelve a ampliar la mezquita, alargando doce tramos de la sala de oración. Las arquerías repiten básicamente el modelo de Abderrahmán I aunque también surgen arcos polilobulados entrecruzados. En ella hay que destacar la cúpula de la antigua capilla de Villaviciosa, así como la que precede del mihrab, recubierta de rico mosaico. Alternan los capiteles corintios y compuestos, así como los fustes de mármol azul y rosa. El lujo de la decoración se concentra en la capilla del mihrab, destacando los suntuosos revestimientos de mosaico. El interior del mihrab se cubre con una enorme concha de yeso de gran valor decorativo. Inscripciones en loor del califa fechan esta obra en 965. Etapa de Almanzor: La extensa ampliación de Almanzor sobre la Mezquita, llevada a cabo entre 987 y 990, no ofrece ya novedades arquitectónicas y se considera un alarde para afirmar su poder político.

La Catedral Cristiana

La Mezquita de Córdoba es convertida en catedral cristiana en 1236, tras la conquista de la ciudad por Fernando III. Desde entonces se iniciaron reformas parciales adicionando capillas y otros elementos cristianos. Los Reyes Católicos permitieron la construcción de una Capilla Mayor y ya en el siglo XVI durante el reinado de Carlos V se edificó, no sin grandes oposiciones, la actual catedral cristiana dentro de las naves de la antigua mezquita. Concretamente las zonas afectadas fueron las de Abderrahman II y Almanzor. El edificio lo inició en 1523 Hernán Ruiz el Viejo con permiso expreso del emperador Carlos V y se desarrolló a lo largo del siglo XVI, pero no se terminaron las obras hasta 1766. El resultado es un edificio que suma estilos desde el gótico final, plateresco, renacentista y barroco. Tiene nave y crucero, con planta de cruz latina. Los arcos son todavía góticos (apuntados), la ornamentación plateresca y la cúpula renacentista. Elementos destacables son el Altar de mármol rojo, la sillería del coro y el tesoro de la Catedral. El antiguo alminar islámico fue "forrado" con envoltura barroca

11:00 Horas: Recorrido por la Judería

Introducción

La judería es un encantador barrio blanco lleno de flores que queda como testimonio del núcleo judío que existió ya en la época romana y visigoda y que llegó a ser un importante reducto intelectual en tiempos de Abderramán III cuando se atrajeron a la corte filósofos, científicos y poetas. En esta época de esplendor nació **Maimónides**, en 1135, que, expulsado por los moros en su juventud, viajó por el mundo estudiando medicina y religión. Ocho siglos tomó a los cordobeses erigir un monumento a este hijo errante, haciéndolo aquí, en su barrio, en 1965, en la pequeña plaza de Tiberias, donde en verano las mesas del restaurante de la plaza rodean a este sabio.

Asimismo en su parte occidental, combinando estanques y jardines, se rinde homenaje a otros dos ilustres cordobeses: **Séneca**, el escritor y filósofo romano (año 4 a.C- año 65 d.C), cuya estatua, sufragada por el torero Manuel Benítez, El Cordobés, está situada en una encantadora plaza, junto a la **Puerta de Almodovar** y la estatua de **Averroes** en la calle de la Muralla.

En la Calle de los Judíos se encuentra la **Sinagoga**, construida en 1315. Es una de las pocas que en España han conservado su estructura original, con la galería de las mujeres, el Arón, donde se guardaban los rollos sagrados de la Ley y su profusa decoración mudéjar. Las casas colindantes se supone que fueron edificios anejos de la misma, como la Escuela Talmúdica.

Además en este laberinto de calles encontramos el **Zoco**, donde se reúnen las tiendas de artesanía y, en verano, un tablao flamenco; la **Capilla de San Bartolomé**, gótico-mudéjar, con su bella y extraña combinación de elementos decorativos, la **Casa del Indiano**, mudéjar e isabelina y los **minaretes** que conservan la **Iglesia de San Juan** y el **Convento de Santa Clara**, ambas del s. XI. En último lugar, destacar los **Baños Árabes** de la calle de Comedias y el **Museo Municipal Taurino**, que expone trofeos, trajes y carteles de eminentes toreros cordobeses como Lagartijo, Machaco, Guerrita, Manolete y El Cordobés, recientemente nombrado V Califa de toreo junto a los ya nombrados. Recorrido Comenzamos nuestro paseo por la calleja de las Flores, rincón más pintoresco del barrio viejo de la judería, situado en las inmediaciones de la Mezquita, en la Calle Velásquez Bosco, arquitecto contemporáneo cordobés muy relacionado con la propia Mezquita.

En las paredes de la mencionada calle cuelgan numerosas macetas y a sus pies hay arriates donde crecen jazmines, rosales y madreselvas. La calleja deriva en una plazoleta sin salida desde donde se divisa una bella estampa de la torre catedralicia. Continuamos desde la calle Velásquez Bosco hasta la plaza de Blanco Belmonte, donde destaca la sede del Centro de Arte Dramático de Córdoba, para adentrarnos en la renovada calle Céspedes, pintor y humanista cordobés del siglo XVI, y desde allí penetrar por el callejón de la Hoguera, rincón encalado donde al entrar se tiene la sensación de estar pisando un patio particular. A uno de sus lados toman asiento la Mezquita de los Andaluces y la Universidad Islámica Internacional Averroes de Al – Andalus. La estrecha vía conduce a una estrecha plaza cuadrada y con soportales, íntima y umbría, a uno de cuyos lados se abre un arco de piedra que conduce a la plazoleta del

pintor Miguel del Moral. El número 6 de la plaza tiene una ventana pequeña donde se atisba el patio íntimo donde vivió el pintor, que ilustró con sus dibujos y grabados los poemas de la célebre revista cordobesa cántico. Dos metros más abajo antes de desembocar en la calle Deanes, hay una columna que remata una esquina donde hay una inscripción tallada que reza: "Yo soy de don Luis de Góngora, año 1.627". La columna procede de la casa donde murió el poeta, en la plaza de la Trinidad.

El recorrido continúa por la mencionada calle de Deanes, donde hoy se concentra numerosos establecimientos turísticos, propios del nefasto mercado desordenado que ensombrece la maravillosa calle. Deanes es un de los lugares por excelencia donde contemplar a medianoche el paso de los famosos pasos de la Semana Santa cordobesa. Hacia la mitad de la calle nos adentramos en la calle Romero, pasando por dos de los ejemplos más representativos de la Córdoba gastronómica, Pepe de la Judería y el Churrasco, para desembocar en la Plaza del Cardenal Salazar, en la que destaca el Hospital que da nombre a la misma.

El Hospital fue una fundación del Cardenal Obispo de Córdoba, don Pedro Salazar de la orden de la Merced. Siendo concebido a priori como un centro educativo destinado a los niños pobres donde se les inculcaría una formación musical para así dotar a la Catedral de una capilla de música. Para tal efecto adquirió las antiguas casas solariegas que habían pertenecido a Don Antonio Carlos del Corral, las cuales estaban adosadas a la Iglesia de don Bartolomé (Siglo XV). Se iniciaron las obras en 1701 caracterizándose por la solidez de la obra. La capilla de la Iglesia quedó finalmente encuadrada en el interior del edificio que en la actualidad se emplaza en este edificio a Facultad de Filosofía y Letras. Mención especial en esta plaza merece también la Iglesia de San Pedro Alcántara. Convento y hospital que terminó de construirse en el año 1.699 por Luis de Rojas y Baltasar de los Reyes. Este convento, que utilizó para su construcción materiales de los baños califales del antiguo palacio de los Omeyas, que fue parcialmente destruido y trasladada su portada ojival al convento de la Merced, hoy Diputación Provincial.

A continuación bajando por la calle San Bartolomé llegamos a la plaza de Maimoides, (filósofo judío) que configura un cruce de caminos donde las callejas estrechas y umbrías dan sentido histórico y estético a la Judería. En esta plazoleta asimétrica se alza el Museo Taurino inaugurado en 1955 en una vieja mansión señorial del siglo XVII que fue sede a principios del siglo XX de un Museo de Artesanía cordobesa. En otro de la Plaza se halla la casa solariega de los Condes de Hornachelos y dentro del hotel NH Amistad podemos contemplar un patio porticado con capiteles de época romana, visigoda y árabe. Muy próximo a todo ello visitamos el Zoco.

Un callejón estrecho, enmarcado por tres arquillos, conduce hasta el Zoco municipal, creado en 1954 por el alcalde Antonio Cruz Conde y el arquitecto José Rebollo, para reunir a los artesanos de la ciudad. El Zoco ocupa a parte de la primitiva Casa de las Bulas, del siglo XVI. El callejón conduce a un patio a cuyos lados se abren los negocios artesanales de plateros, artesanos y curtidores del arte del cordobán. Al final del Zoco hay otro arco que mira a la calle Averroes, donde se sitúa el Oratorio de San Bartolomé, y más cuesta arriba el Hospital del Cardenal Salazar.

Junto a esta plaza en la calle Judíos se sitúa la Plaza de Tibiriades, presidida por la figura de Maimonides, una escultura sedente realizada en bronce por el escultor Amadeo Ruiz Olmos inaugurada en 1964. El pie de la escultura esta descolorido por las miles de manos que se han posado sobre él. De la plaza parte la calle Judíos, blanca recta y disciplinada. Sus casas tienen hendiduras a mitad de la fachada que permitía hasta hace pocas décadas el tránsito de carruajes. Al finalizar la calle, que hace esquina con la Puerta de Almodóvar, vemos una Inscripción que recuerda el nacimiento el 3 de febrero de 1879 del historiador Antonio Jaén Morente, que en su libro Historia de Córdoba rememora el paso que la comunidad hebrea tuvo en la ciudad en el siglo X y asegura que en el año 948 "fijan los escritores hebreos el traslado a Córdoba de las academias judías que existían en Oriente, creando así la primera escuela de estudios talmúdicos". De aquel pasado que retrotrae la memoria a Sefrad da cuenta la sinagoga que abre sus puertas en la calle judíos y que a continuación visitaremos.

La Sinagoga

Se construyó en el año 1315 (5075 del calendario judío) en estilo mudéjar por alarifes dirigidos por Isaq Moheb. Consta de un patio al que se accede desde la calle y que da paso a un vestíbulo seguido de la sala de oración. Del lado oriental del vestíbulo arranca la escalera que lleva hasta la galería para las mujeres; dicha galería se conecta con la sala de oración mediante tres balcones decorados con arquillos polilobulados. La sala de oración es de planta casi cuadrada con 6'95x6'37 m.; tiene cubierta de artesonado y alcanza una altura de más de 6 metros; en su lado oriental se abre el tabernáculo, espacio reservado para la Torá y coronado con arco de grandes lóbulos, enmarcado en un alfiz; alrededor se dispone decoración de lacería.

El lado opuesto al tabernáculo presenta un pequeño nicho con arco polilobulado y apuntado, donde estuvo el retablo de Santa Quiteria. La decoración en yeso, con motivos mudéjares, se ha perdido hasta unos dos metros de altura, dejando a la vista el ladrillo de su fábrica. Luego de la expulsión de los judíos en 1492 el edificio se dedicó a diversas funciones: hospital de hidrófobos de Santa Quiteria, Ermita de San Crispín del gremio de los zapateros y escuela de párvulos hasta que fue declarado Monumento Nacional en 1885. Desde entonces pasó por varias fases de restauración como la de Félix Hernández en 1929 y las iniciadas en 1977 hasta llegar a la reapertura del edificio en 1985 con motivo de la celebración del 850 aniversario de nacimiento de Maimónides. Solo a unos pasos de La Sinagoga visitamos la mejor representación que perdura de una vivienda en la época dorada de Córdoba, La Casa Andalusí. Recuperada a mediados del siglo XX y devuelta a la grandeza que debió de poseer en sus mejores días, su patio es un remanso de paz envuelto de una decoración mudéjar propia de la época, y que nos permitirá visualizar a la perfección las construcciones de la época.

El siguiente punto de nuestro recorrido es la Puerta de Almodóvar, una de las doce entradas que tuvo la ciudad en la época medieval, tras ella podemos ver la estatua de Séneca La talla en piedra fue labrada por el escultor Amadeo Ruiz Olmos y se dice que a la hora de esculpir se inspiró en el tabernero Paco, El Rubio, un popular vecino de la judería. La escultura fue costeada por el diestro Manuel Benítez, El Cordobés e inaugurada en 1965, coincidiendo con un congreso de filosofía sobre la obra del patricio romano. Descendiendo por la calle Cairuan vamos contemplando los restos de la muralla que en su día rodeaba la ciudad medieval, Medina. Las murallas de Córdoba han sufrido a sufrido a lo largo de su historia cambios en cuanto a su extensión y utilización de materiales. Son un reflejo que tras ella habitaba, son un símbolo de la ciudad, separando lo rural de lo urbano. Si bien al principio constituían un elemento imprescindible para la supervivencia de la urbe, a partir del siglo XVI van perdiendo progresivamente su función defensiva, llegando finalmente a ser un elemento estrangulador de la creciente expansión de la ciudad, por lo que se fue derribando conservándose en la actualidad pequeños vestigios como el que presenciamos.

Al finalizar la calle llegamos a una plaza que acoge la escultura del filósofo y médico Averroes, situada junto a la puerta que da acceso a la calleja de la Luna, uno de los más bellos rincones de la judería. La pequeña plaza esta presidida por una fuente mural dedicada al dios heleno Pan, protector de los pastores. En el flanco izquierdo se abre un pequeño arquillo que da acceso a una calleja aprisionada por dos palacios nobiliarios. A la derecha se alza la espalda enalada de la Casas de las Pavas, cuya fachada renacentista mira a la calle Tomás Conde. A la izquierda queda el palacio de Villaceballos, cuyos muros están protegidos por sillares y ladrillos. Al final de la serpenteante calleja se admira la portada barroca del palacio. Saliendo del laberinto que constituye la judería, llegamos al Campo Santo de los Mártires, lugar en donde se ubicaba en época Omeya andalusí parte del Alcázar, conjunto arquitectónico palaciego, al cual pertenecían los baños califales, que a continuación visitamos.

Los Baños Califales

Construidos en la época de Al-Hakan II debieron pertenecer a un edificio adosado al palacio; aparecieron por primera vez durante unas obras realizadas en el año 1.691, utilizándose parte de los materiales encontrados para la construcción de otros edificios. Volvieron a cubrirse hasta que, en el año 1.903, se realizaron nuevas excavaciones para recuperar dichos restos, excavaciones que no pudieron continuarse por impedimentos de la Junta de Sanidad. En el

año 1.961 comienza la labor arqueológica propiamente dicha, aunque con sucesivas paralizaciones.

En Córdoba aún existen restos de otros baños construidos entre los siglos X al XV: calle Céspedes (siglo X); calle Carlos Rubio (siglo XII); antigua calle de la Pescadería (siglo XII), en el Alcázar de los Reyes Cristianos y en Medina Azahara. La visita se realiza guiada por las diferentes etapas que componen este tradicional ritual. Con la visita a los Baños Califales concluimos el paseo por la judería.

12:30 Horas: Visita al Alcázar de los Reyes Cristianos

El Alcázar de los Reyes Cristianos

Emplazado en el mismo lugar en que estuvo la Aduana de la Bética o "Telonium". Más tarde lo habitaron los visigodos, sucediéndoles, a su vez, los árabes. Cuando Fernando III conquistó Córdoba cedió, al obispado, parte de los terrenos del Alcázar árabe y otra parte a los frailes agustinos; que se mantuvieron en el lugar hasta ser desalojados por Alfonso XI para acometer la reconstrucción del Alcázar. En 1.359 comienza a ser conocido como Reales Alcázares. Enrique IV convierte la fortaleza en palacio, incorporando patios, jardines y baños de tradición musulmana. Durante el reinado de los Reyes Católicos se levantó la Torre de la Inquisición instalándose, en ella, el tribunal del Santo Oficio. Desde aquí gobernaron Castilla, recibieron al Gran Capitán y a Cristóbal Colón y prepararon la conquista de Granada. Según se cuenta, en una de sus salas se dictó, por las Reyes Católicos, la "Ley de las Holgazanas", que privaba a las mujeres cordobesas de sus bienes gananciales, por lo que muchas iban a casarse a la cercana aldea de Alcolea. Esta prohibición no se levantó hasta el reinado de Carlos III. La capilla barroca se construyó en siglo XVII.

Después de la conquista de Granada, los Reyes Católicos cedieron el edificio al Tribunal del Santo Oficio, que lo utilizó hasta su abolición en 1.821 pasando, posteriormente, al Consejo de la Ciudad que continuó su uso como cárcel hasta la segunda república y, más tarde, como prisión militar. En este siglo, en la década de los sesenta, el Ayuntamiento lo recupera para la ciudad, restaurándolo para incorporarlo al tesoro cultural de Córdoba.

Podemos contemplar en una de sus galerías, un gran sarcófago romano, correspondiente al arte funerario del siglo II, encontrado en la Huerta de San Rafael, hoy barrio de Santa Rosa, en el año 1.958, así como una magnífica colección de mosaicos, igualmente romanos, hallados en la Plaza de la Corredera en 1.959. Todo el conjunto es digno de una detallada visita, destacando sus torres cubiertas por bóvedas ojivales con magnífica crucería. Pueden visitarse los baños de vapor árabes, con un gran depósito central de agua y piletas a cada lado. Ya en los jardines, encontramos el llamado Patio Morisco, de estilo mudéjar, decorado con zócalos que llevan las armas de Castilla y de León. También siguen el estilo mudéjar las albercas que se comunican entre sí.

En el patio del Alcázar se celebró la primera corrida de toros de la que se guarda prueba documental en la ciudad.

Detrás del Alcázar está el barrio del Alcázar Viejo o de San Basilio. Podemos entrar en él siguiendo la calle donde se encuentra el edificio de las que fueron las caballerizas del palacio. Visita muy breve. Este barrio, perfectamente delimitado, luce bellos patios populares que pueden visitarse en el mes de mayo. En 1570, Felipe II dio rienda suelta a su afición por los caballos y a su proyecto de crear el pura raza español. Para ello mando construir las Caballerizas Reales en una parte del solar del Alcázar. Comparte con la fortaleza real el marcado carácter militar. En este atractivo edificio se crió el caballo español, también llamado andaluz, de ascendencia árabe. La estancia principal, cuya cubierta de bóveda de arista es soportada por columnas de piedra arenisca, está dividida en pequeñas cuadras.

Concluiremos la mañana antes de regresar a nuestro punto de partida con una rápida visita a las caballerizas reales y pasando frente a singulares edificios de la zona como el Seminario de San Pelagio, Hospital de San Sebastián, el Palacio Episcopal y el Museo Diocesano.

Seminario de San Pelagio Fue fundado en 1.583 por el obispo don Antonio Mauricio Pazos. Los colegiales asistían a las clases del colegio de los jesuitas hasta la excomunión de estos. El obispo Caballero Góngora que protegió las artes y las letras en plena Ilustración, (1.788-1.796), hizo del Seminario un centro de pensamiento y cultura. Ha sufrido profundas modificaciones a lo largo de los siglos siendo las más importantes las realizadas en el siglo XVIII, época de la que data la escalera de mármol negro y adornos rococó, la capilla y el patio. Actualmente se encuentran en él las dependencias del obispado, una casa para sacerdotes jubilados y la Escuela de Magisterio de la Iglesia.

Hospital de San Sebastián El edificio, ahora Palacio de Congresos, colindante con el Palacio Episcopal y como él edificado sobre los restos del Alcázar de los Omeyas en el año 1.512 fue, hasta el año 1.816, un hospital llamado de San Sebastián; a partir de esa fecha se convirtió en Casa de Expósitos primero y en Casa Cuna después hasta que, en los años cincuenta, quedó vacío y pasó a otros usos públicos. La portada, del 1.516, es de estilo gótico humanista. En este hospital falleció, en 1.591, el historiador cordobés Ambrosio de Morales. Uno de sus colaboradores fue el pintor cordobés Pablo de Céspedes, autor del cuadro "La última cena", lleno de simbolismos sobre la medicina natural y conservado, actualmente, en la Catedral.

Palacio Episcopal Situado frente a la fachada occidental de la Mezquita se edificó sobre los restos de un palacio visigodo, después alcázar califal de los Omeyas cordobeses. Desde la Reconquista, hasta nuestros días, ha sido la sede de los obispos de Córdoba. A mediados de los años ochenta se traslada la residencia del obispo al seminario de San Pelagio, en la alledaña calle Amador de los Ríos, convirtiendo, la antigua sede episcopal, en Museo Diocesano. La primera reforma importante del palacio se hizo en el siglo XV, con una construcción de estilo ojival de la que solo quedan dos ventanas. En el siglo XVII se reformó la fachada sur, con un gran patio, en el que, en excavaciones recientes, se encontraron restos del muro de cerramiento del palacio árabe. En esa fecha se derribó el pasadizo de arquillos que lo unía a la Mezquita. En los siglos XVIII y XIX se le añadieron la portada sur, la biblioteca, las cuadras y los jardines. La capilla, de finales del XVIII, tiene unos bellos retablos barrocos, tres de ellos del escultor sevillano Pedro Duque Cornejo y dos del cordobés Alonso Gómez de Sandoval. Ya en 1.961, y en el cercano Jardín de los Mártires, se realizaron unas excavaciones que dieron como fruto la recuperación de una parte del Palacio Califal y los baños del Alcázar.

Museo Diocesano Inaugurado en el año 1.988, en sus salas se recogen tesoros, anteriormente guardados en muchas iglesias de Córdoba, desde la Edad Media hasta nuestros días; esculturas, mobiliario, libros, piezas de culto y pinturas, entre las que sobresalen las de Antonio del Castillo y Valdéz Leal; posee, además, una buena colección de tapices, destacando los regalados por el obispo don Leopoldo de Austria en el siglo XVI. Hay varias obras del pintor Julio Romero de Torres.

14:30 Horas: Fin de las visitas programadas para la mañana. Servicio opcional: Aperitivo – Comida

16:00 Horas: Lugar de encuentro: Mezquita – Catedral, puerta del Perdón.

Nos dirigimos hacia la ribera del río Guadalquivir por el lateral izquierdo del templo, acercándonos hacia la mitad de la calle a la **calleja de Pedro Jiménez**, popularmente conocida como del pañuelo, otro de los rincones inolvidables de la judería cordobesa. El mencionado sobrenombre, responde a su estrechez es similar a las dimensiones de un pañuelo de hombre extendido por los picos. Al entrar en ella el viajero tiene la sensación de perturbar un espacio íntimo y privado. No es así. La calleja del pañuelo cobija en su interior un ágora pública, aunque es considerada la plaza más pequeña del mundo. Su planta es asimétrica y está enclavada. De sus arriates brotan los troncos de dos naranjos que buscan la luz por encima de una fuente mural de la que cae un hilo de brocal rojizo de origen árabe. Sólo hay tres puertas, y todas ellas guardan una estricta proporción con la plaza a la que abren. Tras finalizar la calle que iniciamos antes de desviarnos, llegamos a la **Puerta del Puente**, que originariamente formaba parte de las murallas de la ciudad.

En 1571 fue reformada por Hernán Ruiz III, quien proyectó una majestuosa construcción. Sus

cuatro columnas estiradas soportan el peso de un entablamento donde hay una inscripción conmemorativa de una visita del Rey Felipe II. En 1912 la puerta fue liberada de las edificaciones adosadas a sus lados. Años después sus restauradores repiten en la parte interna puerta, que mira hacia el muro sur de la mezquita, todo el esquema constructivo del pórtico. Sus pilares reposan en el nivel en que fue erigido en el último tercio del siglo XVI. Al lado se alza el Triunfo de San Rafael, una de las construcciones más populares de Córdoba. Erigido entre 1765 y 1781 según un diseño del Arquitecto Miguel Verdiguier. La base evoca las fuentes de la Plaza Navona de Roma. La base del Triunfo representa un monte accidentado donde tienen cabida los grandes símbolos de la ciudad cordobesa. Sobre ellos se erige un castillete a cuyos pies reposan las esculturas de piedra de los Santos Acisclo, Bárbara y Victoria. La columna, rematada por un capitel corintio, sostiene la imagen de San Rafael Arcángel.

A continuación y mientras pasamos por el soneto de Luis de Góngora a Córdoba, contemplamos el Puente Romano y a su derecha el Molino de la Albofaila. Soneto a Córdoba ¡Oh excelso muro, oh torres coronadas de honor, de majestad, de gallardía! ¡Oh gran río, gran rey de Andalucía, de arenas nobles ya que no doradas! ¡Oh fértil llano, oh sierras levantadas que privilegia el cielo y dora el día! ¡Oh siempre gloriosa patria mía, tanto por plumas cuanto por espadas! Si entre aquellas ruinas y despojos que enriquece Genil y Dauro bañatu memoria no fue alimento mío, nunca merezcan mis ausentes ojos ver tu muro, tus torres y tu río, tu llano y sierra, ¡oh patria!, ¡oh flor de España! El río Guadalquivir desciende por los sotos de la Albofaila, un espacio natural protegido salpicado de viejos molinos, islas, y una tupida vegetación donde anidan más de un centenar de especies distintas de aves. El molino de la Albofaila, situado a orillas del río en las proximidades de los murallones de Alcázar de los Reyes Cristianos figura en el escudo de la ciudad. El molino tenía como misión suministrar agua de los jardines del baluarte cristiano hasta que Isabel la Católica mandó desmontar su rueda, según se cuenta por que no le permitía dormir con comodidad. Sobre el Guadalquivir, se alza desde el siglo I a. C. el **Puente Romano**, mandado construir entonces, durante el gobierno de Julio Cesar. De su fábrica romana solo quedan los pilares. Fue reconstruido en época omeya y fortalecido tras la Reconquista. En 1867, el ingeniero Luis Sainz Gutiérrez le dio el aspecto que luce en la actualidad. En el centro del puente, sobre el perfil, se alza una escultura de San Rafael Arcángel, realizada en 1651 por Bernabé Gómez del Río.

Esta imagen del santo custodio es una de las más veneradas de Córdoba. A sus pies los vecinos del Campo de la Verdad colocan flores y velas rojas. El puente tiene una longitud de 230 metros y esta sostenido por 16 arcos. Al final del Puente Romano vemos la torre de la Calahorra. Puerta de entra al barrio del Campo de la Verdad, conocido así por ser el lugar donde los mártires de Córdoba como San Álvaro fueron ejecutados, durante las persecuciones contra los cristianos en época romana. La fortaleza toma asiento en el mismo lugar donde en época califal se levantaba un torreón que ejercía de llave de la antigua ciudad. De aquella época no quedan más que los cimientos.

El monumento actual es de época cristiana. En 1369 Enrique II mandó unir con dos torreones cilíndricos los dos primitivos cuerpos cuadrados que flanqueaban un arco de entrada. Los muros son de gran grosor y están cosidos a soga y tizón. Desde la azotea almenada se divisa una de las más hermosas vistas de la ciudad. En efecto, en la otra orilla del río se observa el crucero de la catedral, las torres de las diferentes iglesias de la ciudad, sus cúpulas, los edificios más altos y la sierra.

La **torre de la Calahorra** he desempeñado diferentes funciones a lo largo de su historia. En el siglo XVIII ejerció de cárcel de la prisión de la nobleza cordobesa. Posteriormente fue cuartel de las tropas y de la Guardia Civil. Mediado el siglo XIX, acogió una escuela de niñas tras una concienzuda restauración llevada a cabo por el arquitecto local Rafael Luque. Décadas después fue sede del Museo Histórico de la ciudad, hasta que finalmente fue erigida sede de la Fundación Roger Garaudy para ubicar una exposición permanente que lleva por título Córdoba, puente entre Oriente Occidente. En sus salas destacan los bustos de los sabios Averroes, Maimonides, Ibn al`Abari y Alfonso X el Sabio, que dictan a sus visitantes sus sentencias y aforismos. En otras salas destacan maquetas de Córdoba en el siglo X.

Continuamos por la ribera del río, contemplando el mismo, viendo no muy lejos el meandro que realiza en la ciudad y el nuevo puente de miraflores, de reciente construcción. A los pies de este llegamos a la **Cruz del Rastro** que parte de la **calle San Fernando**, que dividía con sus murallas en época musulmana la medina (ciudad) y la Axerquía (resto de la ciudad, periferia). Adentrándonos en ella, visitamos en primer lugar, tras pasar por el **arco del portillo**. Este arco da paso a una entrada a una ciudad secreta, levantada sobre los perdidos barrios de los mercaderes. Sus calles son serpenteantes y umbrías. Las casonas que aquí encuentran acomodo se abren a patios decorados con pozos, jazmines y limoneros. En ocasiones, las copas de las yedras y las buganvillas superan los muros íntimos de las viviendas y escapan buscando la calle. Reina el silencio, pues la mayor parte de este disfrazado laberinto, por suerte, peatonal. La **calle Cabezas** desciende hasta la parte trasera del palacio de los marqueses del Carpio.

De esta calle sale entre un conjunto de casonas solariegas la calleja de los Arquillos. En la misma, reside una leyenda que es también inspiración literaria. La calleja está cerrada por una verja de hierro que protege los muros de ladrillo visto, el pavimento empedrado y los cuatro arcos que la cruzan transversalmente. Una lápida que hay a la entrada aclara en parte su misterio: "Dos insignes historiadores cordobeses, Aben Hayan, Ambrosio de Morales y un cantar de gesta castellano nos dicen que en el año 974 en esta casa estuvo preso el señor de Salas Gonzalo Gustioz y que tiene las cabezas de sus hijos, los siete infantes de Lara, muertos en los campos de Soria, fueron expuestos sobre estos arcos. Verdad y leyenda venerable, de fama multiseccular en toda España".

El texto se atribuye al historiador Ramón Menéndez Pidal, que también recuerda la inspiración literaria que esta leyenda encontró el Duque de Rivas a la hora de escribir su obra El moro Expósito, un poema épico que hilvana a través de las letras de las civilizaciones musulmana y cristiana de la Edad Media por medio de dos ciudades (Córdoba y Burgos) y dos linajes (el de los siete infantes de Lara y de Mudarra, hermano de estos y sobrino de Almanzor). Otras posturas sobre estos mismos hechos relatan una versión contraria: La denominación de Casas de las Cabezas viene dada por un tradicional error, pues se pensaba que fue aquí donde trajeron las cabezas cortadas de los Siete Infantes de Lara, para ser presentadas ante su padre, Gustios González. La Leyenda cuenta como uno de los hijos de este mata accidentalmente en una boda al primo de la novia, quien pide venganza a su marido, Ruy Velásquez.

El esposo trama un engaño mediante el cual Almanzor, que vivía en Córdoba, mata a los siete hijos de Gustios González mientras este cae prisionero del general árabe. Se dice, que al presentar las cabezas de sus hijos al preso, éste mostró tanto dolor que por piedad fue liberado. El engaño de Ruy Velásquez fue descubierto y vengado por el hermanastro de los infantes años más tarde. Mudarra era el nombre del hijo que Gustios González engendró con la hermana de Almanzor durante su cautiverio en Córdoba y que finalmente hará justicia para con sus hermanos. Volviendo sobre nuestros pasos, regresamos a la calle San Fernando, que tomó el nombre del conquistador de la ciudad a partir de 1862, año en que el ayuntamiento cambia la nomenclatura de buena parte del callejero cordobés. La calle, a la que todos conocían y siguen conociendo como calle de la Feria, es una de la más alargadas y rectas de la ciudad.

Se extiende desde la citada Cruz de Rastro, hasta el inicio de la curva que forma la calle Diario Córdoba. Antes de visitar la **iglesia de San Francisco y San Elogio** nos da la bienvenida un pórtico barroco erigido en 1782, con una hornacina vacía que da entrada al compás de San Eulogio. En él de cara a la iglesia, toma asiento un pequeño jardín creado en 1927 en homenaje al gremio de plateros, el sector artesanal más numeroso y pudiente de la industria cordobesa. En la fachada de la iglesia hay una fuente mural de estilo neobarroco donde se ha reproducido en azulejos el cuadro La virgen de los plateros de Juan de Valdés Leal, cuyo original se exhibe en el cercano Museo de Bellas Artes y que más tarde visitaremos. Bajo su estampa están grabados los nombres de los más famosos plateros que ha dado la historia de Córdoba, desde el judío Juda ben Borla hasta el tallista barroco Damián de Castro. La antigua iglesia convento franciscano de San Pedro el Real fue consagrada como parroquia en 1877 bajo la advocación de San Francisco San Eulogio. El templo pertenece a las fundaciones fernandinas. Posiblemente, en este mismo lugar debió de hallarse una de las coránicas más

importantes de la Córdoba árabe. La iglesia ha pasado por dos etapas constructivas claramente diferenciadas. La primera está datada a finales del siglo XIII.

A ella pertenece la fábrica medieval de la que subsisten los tres ábsides de la cabecera y el crucero. En el primer tercio del siglo XVII el templo fue objeto de una profunda reforma. El cabildo de entonces aprueba reformar según los postulados del Barroco, hasta el punto de que nada recuerda, al menos en la nave ni en la cúpula central, que este lugar fuera un templo gótico. La portada que mira al compás de San Francisco está realizada en mármol gris. Sus tres cuerpos decrecientes están profusamente labrados. En el cuerpo intermedio destaca una talla en mármol blanco que representa a San Fernando. La única nave del interior, dividida en siete tramos, está cubierta por una bóveda de cañón con lunetos que ocultan los primitivos ventanales góticos. A la izquierda, en el lado del evangelio, hay altares, mientras que a la derecha, en el lado de la epístola, hay capillas. El crucero está coronado por una gran cúpula decorada con yeserías, sostenida por cuatro recargadas pechinas. La cabecera acoge los tres ábsides poligonales del viejo templo medieval. El de la izquierda muestra la autenticidad de la piedra desnuda así como las originales bóvedas y nervaduras fernandinas. El ábside central acoge el presbitero donde se alza un gran retablo dorado, encargado en 1720 a Teodosio Sánchez de Rueda. Entre las columnas salomónicas hay dos hornacinas que contienen la imagen de Nuestra Señora de la Aurora y, por encima, un crucificado. La obra más temprana del pintor sevillano Juan de Valdés Leal se muestra en el lado izquierdo del altar mayor. El lienzo, fechado en 1647, representa a San Andrés.

A pocos pasos de este lugar, en el pilar derecho del crucero, se alza el retablo de San Eloy, patrón del gremio de plateros, que aquellos artesanos lo mandaron erigir en 1754. Las capillas de al lado de la epístola acoge un copioso muestrario de imaginería religiosa. La imagen de la Virgen del Pilar es contigua a la de la Virgen de la Cabeza, a uno de cuyos lados se exhibe el enigmático lienzo La prensa mística, donde un Cristo Crucificado chorrea sangre por sus heridas y las vierte sobre hombre y mujeres que padecen la incertidumbre del Purgatorio. El lienzo es Agustín del Castillo y está fechado a comienzos del siglo XVII. En la capilla contigua se venera una armoniosa talla que representa a Cristo en la oración en el Huerto, creada por el círculo de Pedro de Mena allá por 1670. Entre los altares del lado del evangelio destaca el consagrado al Ecce Homo. En la hornacina principal se alza un busto atribuido a la Roldana. De aquí nos dirigimos a través de la calle Lucano, filósofo romano, a la **plaza del potro**. La historia de la plaza está emparentada con el Siglo de Oro español. Por aquellos tiempos el Potro era asiento de posadas y mesones, donde paraban arrieros, tratantes y mercaderes atraídos por unos de los mejores mercados de caballos y mulas que se celebraban por entonces. La fuente renacentista que preside la plaza fue labrada en 1577, bajo el reinado de Felipe II. El corregidor Garcí Suárez de Carvajal mandó construirla para abastecer de agua potable al vecindario. Hasta 1847 ocupó el lado opuesto de la plaza, donde hoy se alza el Triunfo de San Rafael. Hace décadas que la posada no acoge a cansados viajeros. En la actualidad es un centro cultural que reparte la celebración de sus actos en uno de los patios más hermosos de la capital.

Frente a este se alza el antiguo hospital de la Caridad de Nuestro Señor Jesucristo, en su fachada hay un azuelo fechado en 1917 que ensalza la mención de Miguel de Cervantes de este lugar en el Quijote. Este hospital fue fundado en el último tercio del siglo XV, su construcción modificó considerablemente la disposición de la plaza, que hasta entonces había sido más grande. La fundación, cuyo cometido era auxiliar a los desvalidos, tomó terrenos de un viejo mesón que había haciendo esquina con la calle de Armas. El 30 de julio de 1483, los reyes Católicos Isabel y Fernando, expidieron una real cédula donde ordenaban proteger a los hermanos y cofrades del hospital. Para pertenecer a la institución era obligatorio realizar pruebas de nobleza, de modo que durante los siglos XV y XVI entrar en esta Hermandad era uno de los mayores privilegios que podía tener un cordobés. La fachada exterior mira a un costado de la plaza del Potro a través de un viejo pórtico gótico, enmarcado por dos artísticos arcos. Cegados desde hace décadas, estos dos arcos daban entrada a la iglesia del hospital, en cuya nave central cuelgan en la actualidad los más importantes fondos del Museo de Bellas Artes. Hoy, la entrada a los museos se realiza por una portada contigua de estilo neoisabelino erigida entre 1917 y 1924.

En torno al patio se disponen los **Museos de Bellas Artes de Córdoba y el de Julio Romero**

de Córdoba. Un poco más de historia del hospital mencionar que en él solo se curaban a hombres y no de todas sus enfermedades. No eran acogidos los enfermos que padecían enfermedades venéreas ni contagiosas. Además, el hospital patrocinaba obras pías para mujeres pobres, huérfanas, desvalidas y deshonradas. Finalmente, en 1837 acabó por cerrar sus puertas y fue absorbido por el Hospital del Cardenal Salaza. Una vez desamortizado, abrió nuevamente sus puertas en 1862 como el mencionado Museo de Bellas Artes.

Los Museos Ambos se deben a figura de Rafael Romero Barros, padre del famoso pintor cordobés contemporáneo Julio Romero de Torres. Su padre llegó a Córdoba en 1862 para hacerse cargo de la conservación del recién creado Museo de Pintura. Nacido en Moguer el 30 de mayo de 1832 y muerto en Córdoba el 1 de diciembre de 1895, hizo algo más que conservar aquel deslavazado museo pictórico. Bajo su compromiso intelectual nacieron proyectos como la escuela de Bellas Artes, el Conservatorio de Música, la Biblioteca Provincial y el Museo Arqueológico, convertidos hoy, al cabo de los años, en referentes de la cultura cordobesa. Rafael Romero Barros compaginó sus compromisos públicos con la puesta en pie de una interesante obra pictórica, y aún tuvo tiempo de educar a sus ocho hijos, entre los que destacaron Rafael, Enrique y especialmente Julio. En el patio del viejo hospital, Romero Barros impartió clases de pintura a un aventajado grupo de alumnos. En uno de los costados estuvo su casa familiar, ocupada hasta 1991 por su nieta María. Hoy este edificio es sede del Museo Julio Romero de Torres.

Museo de Bellas Artes En la Plaza del Potro, frente a la Posada del mismo nombre y compartiendo recinto con el Museo Julio Romero de Torres, se encuentra desde 1862 el Museo de Bellas Artes de Córdoba, en la parte más significativa de lo que antes fuera Hospital de la Caridad, establecimiento éste creado en el último cuarto del siglo XV, aunque sus restos arquitectónicos más notables, como la escalera, el patio o la capilla pertenecen a los primeros años del XVI. No obstante, su configuración arquitectónica actual es fruto de diversas modificaciones experimentadas fundamentalmente a lo largo del siglo XX, mediante la adhesión de algunas edificaciones anejas en función de las nuevas necesidades planteadas por las donaciones y depósitos que ha ido recibiendo. En la actualidad el Museo de Bellas Artes de Córdoba exhibe sus fondos distribuidos en seis salas, tres en planta alta y tres en baja, que están dedicadas a mostrar, de manera cronológica y didáctica, la evolución de la pintura y la escultura cordobesa entre los siglos XIV y XX. La visita se realiza comenzando por la planta alta. De ello hay que exceptuar la **Sala I** que abre el recorrido. Se la denomina **Sala de dibujos y estampas** y ha sido acondicionada con objeto de poder presentar el variado repertorio de obra sobre papel que conserva el Museo con las máximas garantías de seguridad y conservación, ya que la acción degradante que fundamentalmente la luz ejerce sobre este tipo de obra, supone el que su exhibición haya de hacerse con carácter temporal, por lo que en ella rotan periódicamente exposiciones que normalmente presentan una unidad temática.

En la **Sala II** se exhibe el **Arte cordobés medieval y renacentista**, pudiéndose admirar un variado repertorio de obras realizadas entre los siglos XIV y XVI que arranca de la denominada "escuela primitiva cordobesa" y que hasta entroncar en la segunda mitad del XVI con Baltasar del Águila, tuvo en Pedro de Córdoba, Pedro Romana y Alejo Fernández a sus más genuinos representantes. En ella se exhiben dos fragmentos de pinturas murales de mediados del siglo XIV procedentes de la primitiva Catedral de Córdoba, un San Nicolás de Bari de Pedro de Córdoba, una Virgen con el Niño de Pedro Romana, el Retablo del Maestro de la Flagelación procedente del desaparecido Hospital de Antón Cabrera, el famoso Cristo atado a la columna con San Pedro y donantes de Alejo Fernández y varias obras de Baltasar del Águila. La **Sala III** está dedicada en exclusiva al Arte **manierista cordobés** y muestra obras de los más destacados artistas locales que llegarían a enlazar con el naturalismo del siglo XVII. Entre ellas una Virgen rodeada de ángeles de Pablo de Céspedes, varios cuadros de singular tamaño - Asunción de la Virgen, Martirio de San Pedro de Verona, etc.- de Juan de Peñalosa, su principal discípulo, y obras de Antonio Mohedano de la Gutierrez, Cristóbal Vela Cobo y un Arcángel San Gabriel anónimo.

En planta baja, y ubicada en lo que fue capilla del antiguo Hospital de la Caridad, la **Sala IV** se dedica al Arte barroco cordobés. En ella destaca como figura principal Antonio del Castillo Saavedra, con varios lienzos entre los que sobresalen el llamado Calvario de la Cárcel, El bautismo de San Francisco, La imposición de la casulla a San Ildefonso o Santa María

Magdalena y Santa Catalina. Junto a él destacan las figuras de Juan Valdés Leal - del que se pueden ver una Sagrada Familia y su famosa Virgen de los plateros - y Juan de Alfaro y Gámez, con obras como el Retrato de Bernabé Ochoa de Chinchetruy El nacimiento de San Francisco. Otras figuras destacadas de las que también se muestra obra son Juan de Mesa, Juan Luis Zambrano, Fray Juan del Santísimo Sacramento y Antonio Vela Cobo.

La **Sala V** está dedicada a presentar el Arte cordobés de los siglos XVIII y XIX, pudiendo recorrerse una amplia secuencia que comienza en el Barroco dieciochesco y finaliza en el realismo de finales del siglo XIX. La Sala arranca mostrando obra de un seguidor de Antonio del Castillo y en especial de Antonio Palomino y Velasco, oriundo de Bujalance (Córdoba) y de tanta importancia para el arte español de su tiempo, del que destacan un Salvador y una Huída a Egipto. Le sigue en importancia José de Cobo y Guzmán, del que se admira un Ángel de la guarda y El nacimiento de San Pedro Nolasco, existiendo también obra de artistas como Pedro Duque Cornejo, Miguel de Verdiguier y Antonio Fernández de Castro. Respecto al siglo XIX destaca en especial el conjunto de obras de Rafael Romero Barros -Bodegón de naranjas, Chicos jugando a las cartas, Mora ensu jardín o Estanque de la Huerta de Morales-, y de sus principales discípulos, su propio hijo Rafael Romero de Torres -El albañil herido y Colón saliendo de la Mezquita- y Tomás Muñoz Lucena - Retrato de Rafael Romero Barros y Las gallinas - , pudiendo admirarse también obra de Diego Monroy, Ángel María de Barcia, José Garnelo Alda y François Antoine Bossuet - Vista de Córdoba -.El recorrido finaliza con la visita a la Sala VI, dedicada al Arte cordobés del siglo XX, en la que cobra un protagonismo especial la obra de Mateo Inurria Lainosa, escultor cordobés que llegaría a obtener un amplio reconocimiento y del que se muestra un completo recorrido por todas las etapas de una trayectoria en la que podrían destacar obras como Un náufrago, Séneca, Lagartijo, Ídolo eterno, Forma, La parra o Las tres edades de la mujer. Junto a él se exhiben esculturas de Manuel Garnelo, Rafael Orti y Equipo 57. Al lado de la escultura, la pintura cordobesa también muestra los principales hitos de una evolución que comienza con obra de primera época de Julio Romero de Torres -Mal de amores, Bendición Sánchez o Pereza andaluza- y finaliza con una selección de la corta trayectoria activa del Equipo 57. A lo largo del aproximadamente medio siglo que transcurre entre unas y otras, aparecen también ejemplos de otros artistas de nombre destacado, como Enrique Romero de Torres, Rafael García Guijo, Adolfo Lozano Sidro, Ángel Díaz Huertas, Rafael Botí, Pedro Bueno o Miguel del Moral.

Museo Julio Romero de Torres El edificio que alberga el Museo Julio Romero de Torres forma parte del que fue el antiguo Hospital de la Caridad patrocinado por los Reyes Católicos a finales del siglo XV y atendido por la orden franciscana. A partir de 1837, pasó a pertenecer a la Diputación Provincial de Córdoba y diversas instituciones culturales ocuparon su espacio; sede de la Real Academia, Comisión de Monumentos. Biblioteca y dependencias del Museo y Escuela Provincial de Bellas Artes. A la muerte de Julio Romero de Torres, ocurrida el 10 de mayo de 1930, su viuda e hijos donaron al pueblo de Córdoba (como depositario a su Ayuntamiento), los lienzos del artista que habían participado en la Exposición Iberoamericana de Sevilla de 1929, para crear un Museo en su memoria. Sus fondos se nutrieron con donaciones y depósitos de particulares y con las obras y mobiliario del pintor en Madrid. Tras una importante reforma de adaptación del edificio, este Museo se inauguró el 23 noviembre de 1931 por el entonces Presidente de la II República Española D. Niceto Alcalá Zamora. Sala I Julio Romero participó de la corriente francesa del cartel como medio de comunicación publicitaria y realiza una serie de obras en las que se integra en la nueva tendencia.

En Córdoba pinta el de la Feria de Ganados de 1897 y Ferias y Fiestas de 1902 y los de la Feria de Nuestra Señora de la Salud de los años de 1905, 1912, 1913 y 1916. Las bodegas de Cruz-Conde le encargaron el anuncio de sus vinos y las populares etiquetas de Anís «La Cordobesa». En Madrid, el de la corrida patriótica de 1921 en beneficio de las víctimas del desastre de Annual y para la Unión Española de Explosivos de Riotinto, cuatro carteles calendarios de los años 1924, 1925, 1929 y el publicado en 1931. El museo conserva originales en lienzo en los que el artista ha sabido conjugar las influencias modernistas con los aires de su tierra, vitrinas conteniendo publicaciones, manuscritos y billetes dedicados al pintor, completan esta Sala vestíbulo del Museo. Sala II El escenario vital que rodeó al pintor está presente en esta sala dedicada a su recuerdo. Reproducciones fotográficas de sus padres y hermanos, de la casa familiar de Córdoba, del estudio del pintor en Madrid y de los éxitos obtenidos en 1922 en Argentina en la Galería Witcomb de Buenos Aires. Mobiliario que le

acompañó toda su vida; bargueños, cerámica, utensilios de cobre que fueron motivos frecuentes en sus lienzos. Su guitarra, capa y sombrero se pueden admirar en vitrinas, la reproducción de su mano, paleta y pinceles y la emisión de sellos en homenaje a su figura, nos introducen en el mundo de este creador. Obras de sus comienzos representativas de los contenidos sociales que marcaron sus primeros pasos en la pintura; ¡Mira qué bonita era!, premiada con la Mención Honorífica en la Exposición Nacional de 1895 y Horas de Angustia, un dibujo de grandes dimensiones y la última obra inacabada que dejó el artista en el caballete, un retrato de María Teresa López con hábito de monja, nos ambientan en su escenario vivencial. La sala se completa con las caricaturas de Luis Bagaria y Alejandro Sawa, y los retratos póstumos que le hicieron sus grandes amigos, el escultor Alfonso del Rosal y el pintor Anselmo Miguel Nieto. Preside la sala la escultura de su padre, Rafael Romero Barros y la cabeza que Amadeo Ruiz Olmos realizó en su homenaje.

Sala III Esta Sala está dedicada a la mujer, reúne gran parte de los lienzos más emblemáticos de su trayectoria realizados en los últimos años de su vida; La Chiquita Piconera, testamento pictórico del pintor, Viva el pelo, La copla. En el conjunto predomina el desnudo femenino, protagonista de una serie de obras en las que el pintor despliega su imaginación para desarrollar argumentos basados en el principal soporte escénico de su producción: la mujer. En La Ribera, La nieta de la Trini, Ofrenda al arte torero, Naranjas y Limones y Contrariedad.

Los retratos de la actriz Marichu Begoña, representada como Diana cazadora con el galgo Pacheco, inseparable del pintor, y de la artista sevillana Conchita Triana; los estudios de expresión que le hizo a su última modelo en Córdoba, María Teresa López, en Bendición, La niña de la Jarra, Carmen, Ángeles y Mujer de Córdoba, unido al busto en bronce que sobre Julio Romero realizara en 1931 el escultor Mariano Benlliure completan la sala. Sala IV Romero de Torres fue esencialmente retratista; llevo a sus lienzos a personajes del mundo de la política, de la literatura, de la sociedad, realizando más de quinientas representaciones. Los ministros cordobeses, de Justicia y de la Guerra, Antonio Barroso y Castillo y Diego Muñoz-Cobos y Serrano, la diputada socialista Margarita Nelken, el escritor de Iznájar, Cristóbal de Castro y el poeta sevillano Joaquín Alcaide Zafra están presentes en el museo. Innumerables fueron los encargos que recibió de damas de la alta sociedad; Concepción Ruiz Frías, esposa del ministro Natalio Rivas Santiago, María Aguilar o la Condesa de Colomera, vestida de reina de los Juegos Florales de 1930, retrato inacabado de Magdalena Muñoz-Cobos. Elena Pardo, una de las modelos preferidas, es protagonista de dos estudios, Mari Luz y Marta, que forman parte del grupo que el pintor denominó Chiquitas buenas Sala V La obra mística de Julio Romero, simbiosis de religiosidad y paganismo, está reunida en esta sala en una serie de lienzos influidos por los pintores barrocos del siglo XVII, Antonio del Castillo y Valdés Leal.

Su particular interpretación de los pasajes evangélicos y bíblicos adquiere una profana sensualidad que da origen a sus personales interpretaciones de La Magdalena, Salomé o El Arcángel San Rafael. La Virgen de los Faroles fue un encargo del Ayuntamiento y durante años estuvo situada en un altar en el muro norte de la Mezquita-Catedral hasta que se trasladó al Museo por seguridad. Muerte de Santa Inés, lienzo adaptado a un frontal del altar con escenas en miniatura sobre la vida y el martirio de la Santa, de la que nunca quiso desprenderse al ser el cuadro predilecto de su madre. Cabeza de Santa, Samaritana y Amor Místico son exponentes de esta temática tan ajena a la producción del pintor. La sala acoge una de las obras cumbres, El poema de Córdoba, políptico formado por siete lienzos en los que rinde homenaje a las sucesivas culturas de nuestra ciudad y que centra San Rafael, significando así su admiración por el Custodio de Córdoba. Sala VI Contiene las grandes composiciones: Nuestra Señora de Andalucía; personificación del baile, del cante y del flamenco divinizados en la mujer andaluza. El Pecado y La Gracia, considerados como dos de los mejores desnudos de la pintura del siglo XX.

La gran afición que tenía el pintor por el flamenco lo impulsa a llevar a sus cuadros temas de este género: Alegrías, escena alegórica de baile captada de forma majestuosa y Cante Jondo, representación del cúmulo de símbolos que encierra, donde el amor, la pasión y la muerte se hacen realidad plástica. En Nocturno se refleja con maestría la cruda realidad de la marginalidad. Los sublimes retratos de Ysolina Gallego, mujer del pintor vasco Zubiaurre y de Socorro Miranda como Flor de Santidad. El enigma que encierra Ángeles y Fuensanta y La Sibila de la Alpujarra es parte de las múltiples temáticas que ofrece la pintura de Julio Romero

de Torres. El siguiente punto de nuestro recorrido es otra de las grandes plazas de la capital bética, la Corredera, a la que llegamos por un laberinto de callejuelas que aunque puede resultarnos habitual no deja de sorprendernos. Antes de aterrizar en esta plaza, traspasamos otra de gran hermosura, pero hoy menospreciada al tratarse de un aparcamiento de coches.

La Corredera, es una plaza castellana, austera y barroca, es la gran sala de estar de la ciudad. 61 arcos la recorren y 360 balcones se asoman a su plaza rectangular. La plaza mayor de Córdoba adoptó su actual semblante en el año 1687, tras las obras del arquitecto salmantino Antonio Ramos de Valdés, que fueron auspiciadas por el corregidor Francisco Ronquillo Briceño. Hasta entonces este lugar había sido escenario de mercados callejeros y espectáculos públicos. Desde finales del siglo XVII, la plaza cerrada permitió la celebración de corridas de toros. De aquella época data el nombre de la calleja Toril, donde salían las reses bravas para su lidia. Pero no todo fueron celebraciones festivas, la Corredera fue también escenario por aquellos tiempos de autos de fe ordenados por la Santa Inquisición y de ejecuciones públicas en la horca y el garrote. Los peores recuerdos datan del periodo que va desde octubre de 1810 a septiembre de 1812, durante la invasión francesa, en la que 76 desdichados vecinos fueron condenados a muerte en este lugar. A su derecha, en una de las esquinas se alzan las casas de Doña Jacinta, construidas a mediados del siglo XVI y que con los años pasaron a pertenecer a Ana Jacinto de Ángulo. Las crónicas históricas recuerdan que doña Jacinta, como era conocida, se opuso al derribo de sus casas y que recurrió incluso al Rey Carlos II le dio la razón a través de una real cédula.

La plaza de la Corredera tiene dos grandes entradas. Se trata del arco Alto y del arco Bajo. Este desemboca en la Ermita del Socorro. Subiendo por el arco Alto, por la calle Espartería y pasando junto a una famosa taberna cordobesa, Salinas, llegamos a la calle Capitulares, donde se halla el Ayuntamiento de Córdoba (edificio del siglo XX del arquitecto José Rebollo Dicenta) y el siguiente lugar en el que nos detendremos, los restos de un Templo Romano del siglo I. Junto al Ayuntamiento de Córdoba se encuentra situado el único templo romano del que nos ha llegado evidencia arqueológica. Dedicado al culto imperial, asombra por sus grandes dimensiones. Formó parte del Foro Provincial junto con un circo. Originariamente estaba elevado sobre un podio y contaba con seis columnas exentas de tipo corintio en su entrada. Frente a ésta se levantaba el ara o altar. La reconstrucción, llevada a cabo por el arquitecto Félix Hernández, ha portado a Córdoba una muestra más de la grandiosidad de esta urbe en época romana. Algunas de las piezas originales del templo se encuentran expuestas en el Museo Arqueológico o en inusuales y bellos rincones de la ciudad, como la columna estriada de la plaza de la Doblas.

Dirigiéndonos a la **calle Alfaro**s, en honor a cordobeses de este apellido e importancia en la ciudad y antigua calle Carnicerías, por los nemorosos establecimientos que se situaban en la misma, nos detenemos en la sede de la actual Consejería de Cultura, donde podemos comprobar los cimientos del antiguo anfiteatro romano, el más grande de la Hispania Romana y el segundo tras el de Roma. Allí murieron los Mártires cordobeses. A la mitad de la calle Alfaro, paramos en la fuente de la Fuenseca. De 1495 son los primeros datos conocidos referentes a esta fontana cordobesa. En origen fue una pequeña pileta con poco caudal, siendo remodelada en 1808. Su aspecto definitivo constaba de cuatro caños y un gran pilón en el que se acumulaba el agua fresca. El frontal, a modo de espadaña, se apoya sobre una construcción blanqueada, haciendo resaltar aún más el color de la piedra. El conjunto se anexionó cercano al bello mirador de la casa señorial perteneciente a la marquesa de la Mejorada.

Tras esta visita, avanzamos en dirección norte por la propia calle Alfaro hasta una de las estampas de mayor belleza de la ciudad, la Cuesta del Bailío. La Cuesta del Bailío fue históricamente una de las comunicaciones entre la ciudad alta (Medina o Villa) y la baja (Axerquía) que atravesaba la muralla de origen romano. Hasta 1711 hubo un Arco que dio nombre a esta zona (Arco o Portillo de Corbacho). La Cuesta del Bailío comienza en la Calle Carbonell y Morand discurriendo hasta la Calle Alfaro. Al fondo se divisa la Casa del Bailío, con bella fachada renacentista, nombrada así por el cargo que ostentaba su dueño y que da nombre a la cuesta, comunicando con la Plaza de Capuchinos y con el Cristo de los Faroles. La casa palaciega situada en la parte alta de la Cuesta, que fue de los Fernández de Córdoba, por una dignidad de esta familia (Bailío) dio nombre definitivo a esta casa. Dicha casa (portada de Hernán Ruiz II), es un buen ejemplo de la Arquitectura Cordobesa del siglo XVI al siglo

XVIII. Junto a este palacio y por una estrecha calle nos adentramos a la plaza por excelencia de la ciudad, imagen de cientos de postales como referente de plaza con solera, se trata de la Plaza de Capuchinos.

La plaza de Capuchinos, con su blanca sobriedad, es el espejo de lo que era el alma cordobesa de otros tiempos. Se encuentra presidida por dos templos, la iglesia que da nombre a la plaza, cuyas obras comenzaron en 1638 bajo el mecenazgo del Marqués de Villaverde y la Iglesia del Hospital de San Jacinto conocidas como de los Dolores, cuyas obras comenzaron en 1728, aunque el monumento más importante tanto del punto de vista sentimental como identitario para todos los cordobeses es, sin lugar a dudas, el Cristo de piedra que aparece situado en uno de los laterales de la plaza, inspirado por la predicación del capuchino Fray Diego José de Cádiz que originariamente fue bautizado con el Cristo de los Desagravios y Misericordia, obra de Juan Naverro León, del año 1794, pero que la sabiduría popular pronto lo individualizó con el nombre con el que es mundialmente conocido "El Cristo de los Faroles". Durante la Semana Santa cordobesa esta plaza es anualmente el escenario del encuentro entre la Virgen de los Dolores, la Señora de Córdoba y el Cristo de la Clemencia, paso replica en plata del Cristo de los faroles. Mención especial merece la Virgen de los Dolores, al tratarse sin duda de la que mayor fervor goza entre los devotos cordobeses. La iglesia de los Dolores, situada en la plaza de Capuchinos data del siglo XVIII y forma parte del Hospital de San Jacinto, levantado en el siglo XVI. La sobria fachada principal se estructura mediante dos portadas, dando paso a un interior decorado con finas yeserías. Acoge una de las imágenes más veneradas de nuestra ciudad y un magnífico exponente de la imaginería barroca cordobesa, la Virgen de los Dolores, obra de Juan Prieto de 1718 que procesiona el Viernes Santo con más de seiscientos nazarenos y más de mil penitentes en su recorrido por las calles cordobesas.

Tras esta visita encaramos la parte final de nuestro recorrido. No obstante, dirigiéndonos de regreso al punto de encuentro, la puerta del Perdón de la Catedral, pasaremos por la Plaza de las **Tendillas** entre otros puntos de interés. Por la Calle Carbonell y Morand llegamos a la Plaza del Cardenal Toledo, que atravesamos hasta llegar a la calle Alfonso XIII donde visitaremos el edificio del antiguo casino y liceo artístico, actualmente conocido como el Círculo de la Amistad. Construido sobre el convento de Nuestra Señora de las Nieves se constituye, en 1850, como casino. Tres años más tarde aparece ya fundido con el Liceo Artístico y Literario. La portada principal, de estética neobarroca, es obra de principios del siglo XX, realizada por los arquitectos Rafael de la Hoz Saldaña y Enrique García Sanz. El magnífico interior se distribuye en distintas salas desde el recibidor, del que parte una majestuosa escalera. En ella cuelgan unos exquisitos lienzos de estética modernista realizados por el insigne pintor cordobés Julio Romero de Torres. Destacable son, asimismo, el lujoso salón Liceo, el mayor de España, obra de Juan Rodríguez Sánchez, y el patio principal, donde se ha conservado parte del claustro conventual. Las ilustres personalidades que han elegido este emplazamiento como lugar de estancia en sus visitas a Córdoba, ponen de manifiesto la importancia del mismo. Entre los notorios invitados se cuentan los soberanos Isabel II, Alfonso XII o Alfonso XIII. Actualmente sus salones son escenario de diversas celebraciones y actos culturales. Al finalizar la calle Alfonso XIII, llegamos a la Plaza de las Tendillas, centro neurálgico de la ciudad.

Su configuración actual data de los años veinte del pasado siglo. Tras sucesivas reformas se ha convertido en uno de los lugares preferidos de encuentro para cordobeses y visitantes. En el centro de la plaza, sobre la fuente principal, está situada la estatua ecuestre del Gran Capitán obra del escultor cordobés Mateo Inurria. Sobre esta hay una leyenda muy extendida en la ciudad que habla que la cabeza del jinete no corresponde a Don Gonzalo de Córdoba, sino que por su gran semejanza es el matador de toros cordobés Lagartijo. De esta Plaza salen varias calles representativas de la ciudad, José Cruz Conde, Morería y Conde Gondomar que nos dirigen hacia la zona comercial de la ciudad y concretamente a las cercanías del Boulevard del Gran Capitán. Claudio Marcelo que finaliza en el Paseo de la Ribera, y Hornachelos, Jesús María y Málaga que nos introducen de nuevo en el casco histórico. Nosotros tomamos Jesús María que desciende hasta la Catedral.

En esta pasamos por una zona comercial, donde destaca un gran centro comercial y el antiguo Cine Góngora. Más adelante nos detenemos ante la **Iglesia de Santa Ana y el Palacio de**

Carbonell. Anexo al museo VIMCORSA, antigua casa Carbonell, se levanta este convento, fundado por las Carmelitas Descalzas en el año 1589, aunque la iglesia se construyó hacia 1608 bajo el patrocinio del Marqués del Carpio. Ha sido restaurado recientemente tras el incendio de 1993, que destruyó algunos retablos y esculturas. La iglesia es un templo barroco con planta de cruz latina, que se cubre con bóveda de cañón y media naranja en el crucero. La portada presenta una hornacina que acoge el grupo escultórico de Santa Ana, la Virgen y el Niño. El retablo mayor, del círculo de los Sánchez de Rueda, se terminó en 1710. En el interior del recinto conventual hay que destacar el gran claustro, la escalera renacentista con el escudo del fundador y una logia que se comunica con el jardín trasero. La majestuosa casa Carbonell, lugar de nacimiento Ángel de Saavedra, Duque de Rivas, escritor romántico.

Adquirida por la familia Carbonell a principios del siglo XX, la estética del lugar corresponde con la de los hoteles o palacetes de finales del siglo XIX. El bello patio de acceso se cierra mediante una hermosa verja con la fecha de 1881. La entrada al edificio se cubre con una marquesina de cristal y hierro de estilo modernista. Actualmente acoge la sede de la empresa municipal VIMCORSA, con amplias salas dedicadas a exposiciones temporales. Merece mucho la pena adentrarse por una callejuela que se abre junto a la iglesia, Alta de Santa Ana. Estrecha y sinuosa finaliza en la Plaza de Jerónimo Páez, donde se encuentran guardadas las joyas arqueológicas de Córdoba en el Museo Arqueológico.

El Museo Arqueológico de Córdoba, como la mayoría de las instituciones museísticas españolas, ha discurrido por una larga trayectoria histórica hasta desembocar en su sede actual, enclavada en el Casco Histórico cordobés, declarado Patrimonio de la Humanidad. En 1844, las piezas arqueológicas procedentes de las desamortizaciones de los conventos cordobeses se reúnen y custodian en el Museo Provincial de Bellas Artes, formando la Colección de Antigüedades, más tarde, Sección de Antigüedades. El Museo de Bellas Artes sufrirá diversos traslados y con él la colección de piezas arqueológicas: la primera sede fue el Colegio de la Asunción; en 1849 se trasladó a la Diputación Provincial; y en 1861 pasa definitivamente al Hospital de la Caridad. El Museo Arqueológico Provincial de Córdoba se creó finalmente en 1868, y a pesar de tener consideración de museo autónomo compartirá sede durante varios años con el Museo de Bellas Artes. La separación física entre ambas colecciones se produce en 1920, cuando el Arqueológico se instala en la plaza de San Juan. De aquí pasaría poco después a la casa mudéjar de la calle Velázquez Bosco (hoy calle Samuel de los Santos).

En esta etapa de transición, de 1921 a 1959, que culminará con el traslado a la sede definitiva, estarán al frente del museo Joaquín María de Navascués, Fernando Valls-Taberner y Blas Taracena –en el breve paréntesis de la Guerra Civil– y Samuel de los Santos. La larga y fructífera etapa de Samuel de los Santos al frente de la dirección se caracterizó por su impulso a la nueva sede, por el gran avance en la investigación, por su participación en numerosas excavaciones y por la realización de un nuevo inventario y catálogo. Bajo la dirección de Ana María Vicent Zaragoza, de 1959 a 1987, el museo se instaló en su actual sede, el Palacio de los Páez de Castillejo, produciéndose un incremento considerable de los fondos conservados, la creación del servicio de investigación de arqueología urbana, el nacimiento de la excelente biblioteca especializada en arqueología, y la edición de una revista científica, *Corduba Archaeologica*.

El Museo Arqueológico de Córdoba se convierte en uno de los más completos de España, siendo declarados su edificio y colecciones Monumento Histórico Artístico en 1962. El Palacio de los Páez de Castillejo es aún hoy sede del museo, pero desde hace años venía demandando una serie de reformas para adaptar sus instalaciones internas, sus servicios al público y sus espacios de exposición, a las necesidades de un museo de su importancia, según los criterios de una moderna museología. En la redacción del Programa Museológico de 1992, renovado parcialmente en 1998, se pusieron las bases que habían de regir la ampliación del museo. Paralelamente, se impulsaron los estudios arqueológicos en los solares anexos, lo que nos permitirá contar en el museo con un yacimiento en el que será posible documentar importantes estructuras de época romana, como el antiguo teatro de Colonia Patricia Corduba, pero también talleres artesanales tardorromanos y casas medievales andalusíes, que conectan históricamente con los restos de época medieval conservados dentro del palacio y con la gran construcción renacentista de Hernán Ruiz II. En 1998 se convocó un concurso internacional de

ideas para la construcción de un edificio de nueva planta destinado a la ampliación del Museo, resultando vencedor el proyecto defendido por el equipo de arquitectura e ingeniería IDOM.

En una primera fase, se está construyendo un edificio de nueva planta donde se ubicarán los talleres, despachos y espacios de trabajo del museo, además de biblioteca, salón de actos, sala de exposiciones temporales, espacios de acceso y servicios para los visitantes, y tienda. Asimismo, en el sótano se podrán visitar los restos arqueológicos del que fue el mayor teatro de la Hispania romana. Una vez concluida esta obra comenzarán los trabajos de rehabilitación del Palacio de los Páez de Castillejo, que continuará albergando en el futuro la mayor parte de las salas destinadas a la exposición permanente, ampliando considerablemente el espacio disponible. Paralelamente, se trabajará en la puesta en valor de los restos arqueológicos del solar norte, donde se conservan trazas importantes de la reforma urbanística ideada en Córdoba durante los últimos años del siglo I a.C. Volviendo por la propia calle Alta de Santa Ana y descendiendo por la Calle Blanco Belmonte, vemos varias casas solariegas del casco histórico con sus majestuosos patios. Destaca la antigua Casa Palacio de los Fernández de Mesa. Originaria del siglo XVII, en el XX sufre una serie de remodelaciones para adaptarla a la Escuela Superior de Arte Dramático y Danza. Declarado Bien de Interés Cultural, las zonas más destacables responden a la fachada y los patios interiores. La primera se desarrolla en dos plantas adinteladas, rematado el balcón por un frontón curvo. El escudo de los Condes de las Quemadas se representa en esta portada de piedra. En el interior, las distintas dependencias se articulan en torno a dos patios porticados de gran belleza. Desde la Calle Céspedes, pintor, humanista y teórico del arte cordobés del siglo XVI, llegamos a la Puerta del Perdón donde finalizan nuestro recorrido.